

discurso, y el guapetón del Padre Salas, no quedaba para ponerse frente á Fray Antonio sino mi maestro Luna.

¡Jesús, y las broncas que armaban, las cosas que decían, los textos que citaban, los argumentos que exponían y las respuestas con que se abrumaban! Era cosa de poner tablados para oír aquel desencadenamiento de la facundia y la pasión humanas.

Una siesta entró Fray Antonio llevando en la mano no sé si *El Republicano*, *El Monitor* ú otro periódico, y nos dijo pesaroso:

— En México se están batiendo; seis días lleva la guardia nacional de tirotear á las tropas de Farías.

— ¿De veras, Padre? dijo Luna; pues crea que yo lo aguardaba. No era justo que los señores *polkos* vieran tranquilos insultar y despojar á la Iglesia, sin que hubieran volado en su auxilio. Sólo á un bellaco del tamaño de Farías se le ocurre querer imponer gravámenes á las propiedades sagradas. Como si no hubiera censuras claras y terminantes contra los que tocan esos bienes, en el santo Concilio de Trento y en el Tercero Mexicano. San Agustín y San Jerónimo, Su Paternidad lo sabe tan bien como yo, tienen textos que no sé cómo sabrán conciliar con su rapacidad los señores canonistas del demócrata Farías.

— Pero si hay esas prohibiciones, ¿cómo se explica que los señores eclesiásticos de México estén suministrando dinero á las tropas pronunciadas? Dos pesos dia-